

La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución Mexicana

Carlos Monsiváis

Delimito el tema. Por esta vez, al hablar de "Revolución Mexicana" me refiero estrictamente a la lucha armada y la emergencia de los ejércitos campesinos en el periodo que va de 1910 a 1917 o, según otros criterios, de 1910 a 1930. Por *cultura* entiendo, especificando, tanto el modo de vida y las ideas y creencias de una sociedad, como una dimensión prestigiosa vinculada con Occidente. Dejo fuera la vinculación forzada de "cultura estatal" con "cultura de la Revolución Mexicana".

Por lo común, se identifica a la cultura de la Revolución Mexicana con las tendencias culminantes en los veintes: la Escuela Mexicana de Pintura (Orozco, Rivera, Siqueiros); la narrativa cuyo aprovisionamiento temático es el destino del pueblo en batallas y sublevaciones y cuyas cumbres son Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán; la mística educativa que se despliega en las misiones rurales y en la fe en la alfabetización como redención literal; la brevísima presentación en sociedad del pueblo tal y como se congela en las fotos del Archivo Casasola; la fuerza nostálgica del corrido que es cantar de gesta y periodismo cantado; la identificación, en suma, de *cultura de la Revolución* con un *nacionalismo cultural* que, a diferencia del teorizado por Ignacio Manuel Altamirano en la República Restaurada, no se obstina en legitimar la existencia múltiple de la nación y proclama —desde la fe en la primera revolución del siglo— el orgullo de la singularidad.

La otra casta divina

En 1910 la mayoría de los intelectuales no objetan demasiado la dictadura de Porfirio Díaz. Sí, es una gerontocracia; pero si un país bárbaro sólo dispone de una franja de civilización posible y quienes allí habitan se hurtan del destino fatal de los mexicanos. Y hay dos pruebas culturales de su excepcionalidad: el conocimiento de lo europeo y el reconocimiento del gobierno de Díaz. Para ellos, civilización es abandono individual del anonimato del atraso, y eso le ofrece la dictadura a los hombres de letras y de pensamiento en compensación por la ausencia de un público amplio, de una fama local y nacional, y de mínimos apoyos. A los poetas y novelistas se les obsequian diputaciones, o se les concede el honor de escribir un poema, dedicarlo a Don Porfirio o a su augusta Doña Carmelita Romero Rubio de Díaz, y recitarlo en una ceremonia pública, con voz preferiblemente sonora.

No se reconoce la disidencia ("bandidaje" "terrorismo") y lo que es más elocuente, es muy difícil percibir la crítica social. Es tanta la fuerza de la dictadura que induce a un método de lectura. El escritor puede odiar a la sociedad, denunciar las injusticias, irritarse ante la opresión y las funciones ornamentales de la cultura pero a su heterodoxia la borra la óptica dominante. Manuel Gutiérrez Nájera y Angel del Campo son cronistas ácidos, que filtran en numerosos relatos y crónicas su desdén por la dictadura y la horrenda

moral social. "El costumbrista" Angel del Campo, Micrós, es rencoroso y virulento (*La Rumba* denuncia el atroz darwinismo social; *El Chato Barríos*, la injusticia educativa), y Gutiérrez Nájera protesta en 1887 por los crímenes de Mier y Terán (el favorito de Díaz, quien asesina a unos jóvenes veracruzanos luego de recibir el telegrama del dictador: "Mátalos en caliente"):

en la tremenda lucha que lidiamos
tiene el crimen su código: no importa
que la verdad con el error combata
si un brazo se levanta . . . se le corta;
si un cerebro piensa . . . ise le mata!
"El 25 de junio".

Ellos protestan y la mayoría de sus lectores sólo encuentran el dulce y ameno costumbrismo, las figuras queribles amparadas en los seudónimos *Duque Job* y *Micrós*. Mariano Azeula en sus novelas pre-revolucionarias (*Mala yerba*, *Los fracasados*) ataca la vida en los pequeños pueblos y se burla de la idealización de la provincia. No interesa; es un novelista local. Una censura obsesionada por los brotes de sexualidad, no admite que la crítica social en literatura lo sea de veras, y en vez de la persecución a los narradores se prefiere implantar profundamente la autocensura. (Un caso notable de disidencia: el teniente Heriberto Frías, quien al ver calificado de "subversivo" su relato *Tomochic*, sobre la incursión genocida del ejército porfiriano en el pueblo de ese nombre, debe esconderse por un tiempo, a pesar de que la publicación era anónima).

La "emancipación mental"

Educativamente, a lo largo de la dictadura de Díaz se arruina y desaparece el sueño pedagógico

de Gabino Barreda que anheló un idioma inteligible que cohesionara a la nación y buscó la *emancipación mental* de México, "caracterizada por la gradual decadencia de las doctrinas antiguas y su progresiva sustitución por las modernas". Nadie define la *emancipación mental* y la burocracia porfirista degrada la utopía de Barreda y la convierte en una "religión de la ciencia" que en mucho contribuye a hacer del fin de siglo una época regida por la imitación y la sensación de falta (ya no somos hispánicos, todavía no somos mexicanos) que justifica el signo de carácter paródico señalado por el escritor colombiano Hernando Valencia: la gran desdicha de las letras hispano-americanas ha sido la falta de autenticidad; el gran azote de nuestras letras ha sido la búsqueda de autenticidad. Así, el XIX mexicano es un entremetimiento de periodos marcados por la Solitud de Acceso a la cultura occidental, y por la Pretensión de Originalidad.

La pertenencia lejana a Occidente compensa a la élite de las desventajas de la falta de público y editoriales, del desastroso sistema educativo, del hecho doloroso de que Occidente (las metrópolis) desconozca su lealtad y esmero. En la mayoría de los casos saberse tan lejos de la fama y tan cerca de la ignorancia induce al veloz abandono de las ambiciones intelectuales, a la sustitución de la crítica por la red de elogios mutuos. En honor de la autocomplacencia se declara a la novela el gran espejo de la sociedad, a la poesía la educación final del Alma, a la música el remanso del Espíritu, a las artes plásticas la corona de la sensibilidad.

En el porfiriato, y oficialmente, la literatura es el mayor ornato social, y la inconveniente de todos los días. La Historia —los cambios violentos y vertiginosos en la vida de un pueblo— le cede el paso a la estabilidad, y se cree y se dice que la excelencia del gobernante es el preámbulo pa-

ra la madurez de la nación. Versos frívolos o majestuosos, narraciones amenas, crónicas de costumbres, afirman el crecimiento de una sociedad y sus ventajas. La liberación formal de la poesía y la prosa modernistas permite textos magníficos, vivifica el periodismo, confirma la adicción general a la musicalidad de la palabra y salda cuentas con los lastres de una prosa "castiza" (detenida en la conversación del último virrey) y de una poesía encajonada por la monotonía romántica. El "delicioso extranjerismo" (el afrancesamiento) de muchos escritores es, más que evasión, acto de arraigo en la cultura del porvenir. Como todavía acontecerá en los veintes, a fines y principios de siglo ser "francés" es concederle a un país periférico el brillo de las mentalidades avanzadas. Considerar a Manuel Gutiérrez Nájera "un parisiense de México" es elogiar el respiradero cosmopolita que alivia el tedio provinciano.

Esta idea de *el porfirato*, universo cerrado y monolítico, que apenas perturban unos cuantos audaces (los intelectuales del Ateneo de la Juventud), es parte del engaño que atrasa la comprensión de las transformaciones aceleradas en el período 1910-1920. A tal ilusión de la cúpula la fortalece un hecho: es tan escasa la vida pública del pensamiento revolucionario que son pocos los enterados de su existencia. Eso conduce a Alfonso Reyes (en *El Pasado Inmediato*) a un exceso fantástico al describir un homenaje al promotor del positivismo Gabino Barreda en 1908: "En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amaneció la Revolución". Al decir esto, y seguramente de buena fe, Reyes ignora el desarrollo del grupo de Flores Magón y los alcances de su órgano teórico *Regeneración*, las tareas de los antireeleccionistas, los ensayos sobre problemas del país y acumulación del capital . . . y el sentido mismo del Ateneo de la Juventud. Los intelectua-

les capitalinos están ajenos al trabajo de la imprenta de Venegas Arroyo, y sus admirables grabadores Manuel Manilla y José Guadalupe Posada; y el crecimiento de una cultura de resistencia que se da en todo el país, contradice las euforias cortesanas y las riñas por el honor de estrenar poemas en ceremonias ungidas por el resplandor de Don Porfirio.

Se ha unificado en demasía —insisto— el período porfirista. Fue sí, desde una vertiente que culmina en las Fiestas del Centenario, boato, creencia en el éxtasis social que ignora los horrores circundantes, haz de sensaciones plácidas. Debajo de la complacencia muy real de una minoría, hay disgusto, el encono al saber que "el primitivismo" —la vida infrahumana de los trabajadores, la esclavitud agrícola y laboral— termina ahogándolo todo. El mismo Federico Gamboa, a quien nadie acusó de radical, consigna el regreso del hacendado y sus peones, al término de la jornada. Los peones van hacia la capilla, avanzando de rodillas y prorrumpiendo en alabanzas:

De dos en dos y nunca cantando junto a mí, los sombreros en las manos, indios medios desnudos, los parias, los ilotas, que trabajan de sol a sol; no disponen de tiempo ni siquiera para pensar . . . tan sólo la bestial tarea. En una canción tan desoladora, de sufrimiento, de infinita miseria, que tenía que escucharla con la cabeza descubierta.

La "unidad cultural" del porfirismo es actitud ante la literatura, y ansiedad por la condición periférica. ¿Cómo ser *occidental* desde fuera? Se lee y se imita a la novela de folletín, se prodiga la novela histórica, se persiste en las pasiones románticas, se cultiva el temperamento clásico, se cree fantasiosamente en el realismo y en el naturalismo, y ni autores ni lectores perciben cómo

el ánimo reverencial ante Eugenio Sué, Walter Scott, Víctor Hugo, Zola, Tolstói, Pérez Galdós, Turgueniev, Dickens, Balzac, se transforma tediosa o, en ocasiones, convenientemente, en el reconocimiento social que es habilitación literaria, la originalidad que surge sin proponérselo en Payno, en los modernistas o en ejemplos aislados, como las novelas prerrevolucionarias de Mariano Azuela, con su odio expreso a la hipocresía del porfirato y su red de complicidades que involucra gobernantes, clérigos, latifundistas, comerciantes, profesionistas liberales, falsos intelectuales.

Antes de 1910, fuera de las obsesiones marginales (leídas apreciativamente mucho después y que entonces no hallan público), la narrativa suele divulgar psicologías lineales que se ajustan a tramas inertes (grandes excepciones: *Los bandidos de Río Frío* de Payno, *La Rumba* de Angel del Campo, o personajes poéticos insólitos como el enamorado crepuscular de *El idilio salvaje* de Manuel José Othón). En esto cuentan razones "mercadotécnicas": no hay todavía espacio en la literatura o en la sociedad para la "complejidad psicológica", los lectores no aceptarían que se dejara algo a su interpretación, y las pasiones son, a la vez, elementales y enunciativas, más verbalizadas que actuadas, más operáticas que probables. En todo caso, dictaminarían las gentiles señoras y los apuestos caballeros que conversan por separado en esta velada, ignoremos las ambigüedades peligrosas y patrocinemos los comportamientos ejemplares.

Los "miembros distinguidos" del porfirato (un periodo histórico que es un modo de conducta oligárquica y una geografía del decoro y la Decencia) abandonan la gran ilusión: una cultura en la cumbre, gozada por unos cuantos miles, un esfuerzo artístico destinado a la nación visible. Esta herencia del escamoteo de realidades y la certidumbre pasmosa (*Si no los conozco no son*

dignos de admirarme) se trasmina a la época siguiente y allí sufre la metamorfosis considerable que tarda en aceptarse.

La transición al caos

Del ensueño porfiriano se exceptúan los dibujantes satíricos de publicaciones como *El hijo del ahuizote* y de *El Colmillo Público*, los radicales en la provincia y los anarcosindicalistas agrupados en torno de *Regeneración* y de Ricardo Flores Magón, los especialistas como Andrés Molina Enríquez. Y ya en las postrimerías, jóvenes profesionistas como Luis Cabrera y José Vasconcelos, hartos del oprobio de un régimen ni siquiera capaz de darle oportunidades a los jóvenes de la élite. En la obsesión del cambio algunos confían en la intervención civilizadora de los escritores (en 1910, el término *intelectual*, surgido con el affaire Dreyfus, aún no se populariza). Los hombres de cultura se dividen y mientras hay quien conspira a favor del antirreeleccionismo, algunos eligen el florido cinismo. Así, Federico Gamboa, evoca en el segundo tomo de su *Diario*, la noche del 15 de septiembre de 1910. El es subsecretario de Relaciones y conversa en el balcón de Palacio con el embajador especial de Alemania, Karl Bünz. En la esquina de Plateros se inicia un "arremolinamiento de gente rijosa" y se oyen dos fognazos:

—Tiros, ¿verdad?— exclamó Bünz.

—Posiblemente —repuse— cohetes o tiros disparados por el júbilo que la fecha provoca.

El remolino avanza y llega frente a Palacio. Los manifestantes levantan un cromo de Madero, al que vitorean.

—¿Qué gritan?— me preguntó Bünz.

—Vivas a los héroes muertos y al presidente

Díaz— le dije.

—Y el retrato, ¿de quién es?— tornó a preguntarme.

—Del general Díaz— le repuse sin titubeos.

—¡Con barbas!— insistió algo asombrado.

—Sí —le mentí con aplomo—, las gastó de joven y el retrato es antiguo.

Si no todos los "mexicanos de excepción" son tan abiertamente pícaros, la mayoría cree en que el régimen que los honra es por fuerza honorable. La revolución —es comprensible— los alarma, y envuelve en sensaciones apocalípticas, y a tal punto identifican al pueblo con lo primitivo, que las haciendas porfiristas no les resultan la barbarie, sino una etapa —quizá penosa, pero nada más— de la construcción del país.

El debate de ideas

A lo largo de la década del 10, tres ideas luchan por imponerse:

1. *La revolución es la revolución.* La frase de Luis Cabrera resume una sensación generalizada, la lucha armada se justifica por su propio impulso, y se legitima por su validez intrínseca. Esto lo especifica Vasconcelos en el documento que envía a la Convención de Aguascalientes:

Una revolución es la transformación violenta de un orden de cosas opresivo e injusto . . . Por esto la revolución es antítesis de Constitución. La Constitución condensa las prácticas, las leyes, los convenios establecidos por los hombres para vivir en sociedad . . . Las revoluciones comienzan por la rebelión, se colocan desde luego fuera de la Ley, son antilegalistas y por eso mismo sobera-

nas y libres, sin más señor que el ideal, el ideal que encuentran en las filosofías sociales . . . Y van a parar siempre a una nueva legalidad, a una legalidad que significa un progreso sobre el Estado social anterior. Si esto no sucede, la revolución es un fracaso; para evitarlo debe concluir su misión.

2. *La revolución* es la continuación de la Reforma Liberal, interrumpida por la dictadura, y por tanto es de esencia humanista y nada tiene que ver con los excesos de las tropas campesinas.

3. *La revolución* es un inicio justo y una perversión casi inmediata. A un origen inobjetable (la terquedad de la dictadura, la miseria inhumana de los peones), la transforman sobre la marcha las apatías y las falaces ambiciones de los caudillos.

A estas líneas argumentales —esquemáticamente descritas— corresponden actitudes, interpretaciones, comportamientos. En la práctica, los caudillos se apegan a la primera versión, y hacen de la lucha armada su fuente legal y moral. Los escritores adoptan la tercera, y la narrativa de la Revolución, de Mariano Azuela en adelante, insiste en las traiciones al movimiento, en el sacrificio de los idealistas y el encumbramiento de los bribones. Esa es la perspectiva posible entonces, que no acepta pagar los altos precios de sangre y corrupción por la creación de instituciones. Pasado el entusiasmo, se cree que la revolución no lo fue en verdad, sólo un millón de muertos que pavimentaron el acceso de unos cuantos vivos a la Silla Presidencial.

Al lado de las ideas *sobre* las características de la revolución, regresan otras ideas largamente acumuladas, que se pensaban o superadas por las circunstancias o enterradas en publicaciones clandestinas. La más notoria: el anticlericalismo, por más de 30 años reducido a forcejeos entre el estado y la iglesia, con plena victoria del clero en

provincia. Ante los ataques del clero, los revolucionarios recurren al anticlericalismo y lo descubren emoción fundamental de un sector. Un mes antes del asesinato de Madero, la iglesia ha condenado públicamente las tendencias de su gobierno calificándolas de "socialistas", y de algún modo interviene en la caída. A Huerta, la iglesia le otorga préstamos y favores eclesiásticos. En su turno, el carrancismo ya no se empeña en respetar un pacto desigual, y el resultado histórico son artículos constitucionales sobre enseñanza, libertad de expresión y de creencias, y comportamiento del clero.

La revolución cultural

De los años veintes al día de hoy, se efectúa la operación transformadora de la *cultura oficial* (no estrictamente la posición de cada uno de los gobiernos, sino la síntesis de acuerdos sociales, vigorizada por las campañas públicas). Un hecho categóricamente político (el nacionalismo) y un concepto mítico (la energía proteica que desata la justicia popular) representan, en esa perspectiva, a la cultura "revolucionaria" que, las más de las veces, es ya producto de la estabilidad. Una tesis implícita: la cultura de la Revolución es posible por la buena memoria, y por la solidez de las instituciones. En los años de la extrema violencia nada se podía hacer. Nadie lee y anota a Virgilio ante un pelotón de fusilamiento, nadie pinta entre turbas que saquean residencias, el sentido del riesgo torna superfluas las preocupaciones intelectuales y ante el caos, la alta cultura se sumerge para brotar después con renovado esplendor. Los movimientos armados suspenden o inhiben la vitalidad artística.

En estas notas parto de una hipótesis distinta: la década 1910-1920 no es el mero preámbulo ni

el archivo temático que después se refinará y doblará en el "Renacimiento Mexicano"; allí también y fundamentalmente, una "revolución cultural" impone con rapidez convicciones y actitudes nuevas, cancela la *negación de la historia* que caracterizó al porfiriato, introduce con furia nuevos elementos, y pese a lo que se diga, humaniza a la conciencia pública. Para empezar, esencialmente, la "revolución cultural" despeja de sus prestigios sacros a la trinidad. El Hacendado —el Cura— el Político, y le da la dignidad de la rabia y el arrojo suicida al peón victimado, al esclavo comprado en 45 dólares en Valle Nacional y asesinado de fatiga y hambre en siete meses, a los trabajadores vendidos literalmente por los "pagos en adelantado" y la tienda de raya, a los acasillados y eventuales que son perseguidos con métodos no muy distantes de los descritos por los investigadores de la esclavitud negra en Norteamérica. En un lapso brevísimo, estos seres resultan irreconocibles. Refiere Arturo Warman:

La barrera étnica fue derribada. Ser catrín o parecerlo dejó de ser un privilegio para convertirse en un riesgo. Algunos ciudadanos fueron asesinados por los revolucionarios por su apariencia y actitud. El color, el traje y la actitud habían sido instrumentos de opresión que en cierta medida funcionaron como frontera entre los bandos enfrentados. Verdad que algunos catrines se fueron a la revolución, pero al hacerlo dejaron de ser catrines.

Este es el eje del cambio, el derrumbe de las murallas de lo *impensable* en la gleba que necesitan tanto los movimientos de justicia social como el proceso de industrialización capitalista. Dos fragmentos de Mariano Azuela ilustran el vuelco mental. En *Andrés Pérez maderista* (1911), Vi-

cente, uno de los escasos revolucionarios verdaderos, se enfrenta con el sanguinario coronel porfirista Hernández que, al ver el triunfo maderista, exige ser reconocido como jefe de la fuerza. Hay un forcejeo . . .

Pero entonces ocurrió lo inverosímil, lo inexplicable, lo absurdo. El monstruo (Hernández) fascina con sus gritos salvajes a los infelices peones de Esperanza. Y a los propios hombres de Vicente les ordena que lo desarmen, lo aten y le formen cuadro. Vicente cayó desplomado con los ojos abiertos, asombrado sin duda de ver a los que nacieron esclavos . . . esclavos todavía, esclavos, esclavos hasta morir . . . eternamente esclavos!

No tan eternamente. Cuatro años después, en *Los de abajo*, Azuela muestra la ferocidad independizada de los revolucionarios, que así todavía imite a la barbarie de los amos, ya ha perdido lo que se suponía "respeto ancestral" ante los de arriba. Y *lo impensable* se resquebraja o pulveriza en muchas otras instancias, por ejemplo, la marginación absoluta de la mujer. En *Los de abajo*, el personaje de La Pintada, a medio camino entre la soldadera y la mujer independiente, revela con su puro acto de presencia la contundencia de una "revolución cultural":

La Pintada azuzó su yegua negra y de un salto se puso codo a codo con Demetrio. Muy ufana, lucía vestido de seda y grandes arracadas de oro; el azul pálido del talle acentuaba el tinte aceitunado de su rostro y las manchas cobrizas de la avería. Perniabierta, su falda se romangaba hasta la rodilla, y se veían sus medias deslavadas y con muchos agujeros. Llevaba revólver al pecho y una cartuchera cruzada sobre la cabeza de la silla.

Desde el punto de vista de la moral feudal que imperaba, lo ocurrido es ciertamente una revolución. Por ejemplo, las decenas de miles de violaciones, las decenas de miles de mujeres forzadas a la prostitución, la relativización del valor de la vida. Si algo, el porfirato consigue que se crea externamente en una moral absoluta, y una sociedad regida por los valores indestructibles. En un año, esto se viene abajo. La Revolución —origina una intensa movilidad social ascendente —obliga a los campesinos a un amplio desplazamiento geográfico que liquida el determinismo de los pueblos como horizontes de eternidad —le permite a la tropa conocer, a través de la ferocidad sexual en la toma de pueblos, el derecho de pernada de los hacendados —introduce un humor obsceno públicamente, en los teatros populares —y, *last but not least*, se enfrenta con el gran tabú, la iglesia. En su *Autobiografía*, José Clemente Orozco es testigo inmejorable:

Al llegar a Orizaba, lo primero que se hizo fue asaltar y saquear los templos de la población . . . El templo de El Carmen fue asaltado también y entregado a los obreros de "La Mundial" para que vivieran allí. Los santos, los confesionarios y los altares fueron hechos leña por las mujeres, para cocinar, y los ornamentos de los altares y de los sacerdotes nos los llevamos nosotros. Todos salimos decorados con rosarios, medallas y escapularios.

Al generalizarse las conductas "prohibidas", disminuye o se desvía el "sentimiento de culpa" (el hábito del viejo orden) y en la intensidad de unos cuantos meses se liquidan reverencias calificadas de inamovibles, se confirman enérgicamente impulsos cuya existencia se ignoraba, se agrie-

tan los prejuicios culturales que en grado semejante a las estructuras económicas apuntalan el pensamiento feudal. Mucho queda en pie, pero desaparece lo suficiente para que, en su acepción estricta de insurgencia popular y guerra civil, la revolución se convierta en hecho cultural, pese al rencor o el espanto de algunos protagonistas evidentes. Incluso en el asco y la desilusión ante las matanzas (del que Mariano Azuela es vocero) se transparenta —desde nuestra ventajosa posición—, la mudanza extrema que, en el caos, ocurre con precisión casi insensible.

Los espectros de la conciencia porfirista

En la voz del tribuno José María Lozano en 1912, un orden cultural anuncia su pavor apocalíptico. Convulso, Lozano invita a sus compañeros diputados a presenciar la confrontación trágica de Ormuz y Arimán y añade:

La ciudad de México corre riesgo próximo e inmediato de ser el escenario lúgubre del festín más horrendo y macabro que haya presenciado nuestra historia; no es Catilina el que está a las puertas de Roma, es algo más sombrío y siniestro; es la reaparición atávica de Manuel Lozada "El Tigre de Alicia" en Emiliano Zapata, el bandolero de la Villa de Ayala.

Los destinatarios del pánico del diputado Lozano son seres formados en el porfirismo, seguros de la infinitud de su calma magnífica y de sus merecidas distinciones. Ellos han leído aterrados el texto de renuncia del dictador Porfirio Díaz que dimite obligado por "bandas milenarias armadas" y quien asegura: "No conozco hecho alguno imputable a mí, que motivara este fenómeno so-

cial". Y al crujir de dientes de una burguesía y unas clases medias que le apostaron todo a la "evolución pacífica" (la dictadura inapelable) explica su estolidez cultural. El *shock of recognition* de la oligarquía (que después se nos servirá bajo el honroso título de "México se reveló a sí mismo") no sólo es miedo físico; es sacudimiento convulso ante intuiciones del fin del mundo (de su mundo) que les prueban que, no obstante sus residencias y sus viajes y su lustre, nunca han dejado de vivir en México. Continúa el visionario Lozano:

Emiliano Zapata no es un bandido ante la gleba irredenta que alza sus manos en señal de liberación. Zapata asume las proporciones de un Espartaco, es el reivindicador, es el libertador del esclavo, es el prometededor de riquezas para todos; ya no está aislado, ha hecho escuela, tiene innumerables prosélitos; en el Estado de Jalisco, pronto (desventurado Estado, mi Estado Natal) un candidato, un "lisandro" abominable, comprando votos con el señuelo de promesas anárquicas, ha ofrecido reparto de tierras y la prédica ya empieza a dar sus frutos; los indios se han rebelado: Zapata está a las puertas de la ciudad de México; próximamente Banderas en Sinaloa, destruirá todo. Es un peligro social, señores diputados, es sencillamente la aparición del subsuelo que quiere borrar todas las "luces de la superficie".

El diputado Lozano con genio involuntario, consigna en una sola frase el gran aporte de la revolución: *la aparición del subsuelo*. Y luego, uno tras otro, y en distintos ámbitos, se suceden los discursos de repudio humillado al nuevo protagonista de la nación. En su alegato hoy inmerecidamente desconocido el diputado Lozano previene contra "las turbas que ya gustaron del placer del



botín, que ya llevan en el paladar la sensación de todos los placeres desbordantes de las bestias en pleno desenfreno". En 1913, el publicista de la película *Sangre hermana* convoca a los espectadores a un horrible debut:

El público verá maravillado verdaderos combates zapatistas. Apreciará el valor de nuestros soldados (los federales). Pueblos en el momento de ser incendiados. Trenes volados por la dinamita, zapatistas ejecutados y todos los herreros de la Revolución del Sur. Con un valor a toda prueba, con una decisión ejemplar, hábiles cinematografistas mexicanos se aventuraron en los campos infestados por las hordas turbulentas . . . El público, sin peligro alguno, podrá seguir la huella de lo que tanto dolor ha causado a la patria y admirará la abnegación de nuestro ejército.

El público, ciertamente sin peligro, atestigua la irrupción de masas aún marcadas con el nombre de sus caudillos, pero cuya persistencia prueba la imposibilidad de seguir gobernando sin algo concederles (como si su invisibilidad social, al concluir las labores del día, fuese también su inexistencia física). Por eso, la mayor aportación cultural de la revolución armada es su existencia misma, que amplía la visión nacional, refuta de un solo golpe la propaganda (vuelta modo de vida) sobre la inmortalidad de las instituciones y, al desolemnizar a fuerzas el poder público crea, entre otras cosas, el público que permitirá crecientemente la democratización de una cultura antes confinada al círculo más exiguo.

En la *desolemnización* intervienen las premuras de la guerra, las diferencias de clase (la solemnidad campesina es distinta por entero a la de los dignatarios porfiristas), y el hecho de que "la barbarie" devasta rituales y protocolos que se soña-

ban permanentes. En su libro imprescindible *El águila y la serpiente*, Martín Luis Guzmán utiliza su prosa admirable para dar rienda suelta a su resentimiento, el de la casta injuriada por los derechos (efímeros) adquiridos a punta de rifle. En el capítulo "Los zapatistas en Palacio", narra una visita a Palacio Nacional de Eulalio Gutiérrez (el Presidente de la Convención de Aguascalientes), de José Isabel Robles y del propio Guzmán:

. . . Un grupo de zapatistas nos observaba a corta distancia, desde el cuerpo de guardia; otros nos veían pero entre las pilastras. La actitud de aquellos grupos ¿era humilde? ¿era desconfiada? Su aspecto más bien despertó en mí un mero sentimiento de curiosidad, por el escenario del que formaban parte. Porque, a no dudarlo, aquel palacio, que tan idéntico a sí mismo se me había mostrado siempre, me hacía ahora, vacío casi y puesto en manos de una banda de rebeldes semidesnudos, el efecto de algo muy nuevo y muy raro.

No subimos por la escalera monumental, sino por la de honor. Como portero que enseña una casa que se alquila, Eufemio iba por delante. Con su pantalón ajustado —de ancha ceja en las dos costuras exteriores—; con su blusa de dril —anudada sobre el vientre— y con su enorme sombrero ancho, parecía simbolizar, conforme ascendía de escalón en escalón, los históricos días que estábamos viviendo, los simbolizaba por el contraste de su figura, no humilde, sino zafia, con el refinamiento y la cultura de que la escalera era como un anuncio. Un lacayo del palacio, un cochero, un empleado, un embajador, habrían subido por aquellos escalones sin desentonar: con la dignidad, grande y pequeña, inherente a su oficio y

armónica dentro de la jerarquía de las demás dignidades. Eufemio subía como un caballero que se cree de súbito presidente. Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezar con las breñas; cada vez que alargaba la mano, la mano buscaba en balde la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto. Con sólo mirarlo a él se comprendía que faltaba allí todo lo que merecía estar a su alrededor, y que sobraba, para él, cuanto ahora se veía en su entorno.

El texto de Guzmán es muy explícito y su complemento indispensable es la foto del Archivo Casasola; los zapatistas en el restaurante porfirista Sanborns. En el choque de las dos culturas, lo que más les irrita de las masas campesinas a los "testigos de la calidad" es la jerarquización de la vida social desde la mera presentación, la ausencia forzada de todos los méritos que ellos acumularon para obtener el visto bueno de Occidente. Por su parte, los soldados que por primera vez acceden a un tren, los "alzados" que llegan con mirada inaugural a las residencias con mansardas, las soldaderas que practican el antes inconcebible "desarraigo"; todos los parias que la revolución extrae de sus confinamientos vislumbran estruendosamente el paraíso que esta vez tampoco será suyo.

Volver a *lo relativo* —y no solamente desde el punto de vista de las situaciones de riesgo mortal— es un adelanto cultural y un triunfo de la secularización. Al resquebrajarse barreras morales y mentales muchas obras son pensables y posibles. *Verbigracia*: el poeta Ramón López Velarde entroniza una fiebre erótica a nombre de la devoción religiosa y de la nostalgia, gracias a la sexua-

lización evidente de la vida cotidiana y la destrucción de las tiranías del verso neoclásico. *Verbigracia*: de 1911 a 1915 José Clemente Orozco crea su serie *Las casas del llanto* (los burdeles), porque ya es permisible la representación visual de las prostitutas. *Verbigracia*: en 1921, los estri-dentistas concluyen su manifiesto proclamando "¡Muera el Cura Hidalgo!" o "¡Viva el mole de guajolote!" porque la revolución es también un convincente alegato contra la rigidez. *Verbigracia*: en 1911 Mariano Azuela escribe su casi sátira *Andrés Pérez maderista*, burlándose de los revolucionarios "al vapor" porque ya el humor ha ido de las revistas clandestinas a la vida pública.

las atribuciones del porfiriato

Periodistas y narradores ven en la revolución a la barbarie que todo lo corroe y, queriéndolo o no, hacen del porfiriato sinónimo de civilización. Con ánimo sombrío contempla Juan A. Mateos a don Porfirio: "Así cayeron Carlos I y Luis XVI. Derrumbar es el placer de las multitudes, la revolución es una fiebre que todo lo devora, un océano que todo se traga, una tormenta que todo lo arrebatada y despedaza . . .". Y en 1912, amonesta López Velarde: "*incapaz de discurrir sobre temas especulativos* (el populacho) simpatiza con Zapata porque éste representa el pillaje para saciar el hambre. Zapata aparece a los ojos de las multitudes agobiadas por la miseria, con el prestigio del volador de trenes que les dará el bocado opíparo del dinero y la honra ajena", (Subrayados de C.M.). Sin ironía alguna, un gran poeta responsabiliza a los desposeídos por su falta de vuelo metafísico y su hambre irreductible. Y la irracionalidad de López Velarde no expresa tanto disposiciones reaccionarias como la fuerza de una mentalidad que, sólo bajo presión, conside-

ró al indígena, al artesano, al peón, al paria, como seres presumiblemente humanos, en el sentido de individuos dotados de mínima sensibilidad.

La leyenda del porfiriato civilizador oculta durante décadas la dimensión cultural (en el sentido amplio y en el estricto) de lo que sí fue una revolución social, por su composición y sus efectos. ¿En qué consistía en 1910 la "civilización mexicana"? Un analfabetismo que incluía por lo menos al 80% de la población, un muy débil sistema educativo que en provincia manejaba el cle-ro, una nación escasamente comunicada, una élite persuadida de la inhumanidad de los siervos, millones de mujeres perennemente marginadas, una educación superior y una investigación científica no muy perceptibles, escritores que juntan-do varios empleos apenas se ganaban la vida. En este panorama, la aparición del *subsuelo* revela lo que el sector ilustrado se negó a ver: la integración inevitable del país, la perfecta complementación de indígenas despreciados y aristócratas pulqueros. Se pulveriza el sueño de una minoría aislacionista. Cuando despertó, las masas todavía estaban allí.

¿Qué estará leyendo el Atila del Sur?

La violencia apenas disminuye en 1920 y provoca ajustes generales. En noviembre de 1913, Tablada expresa sofisticadamente las agitaciones de la élite:

Mañana de domingo en que me propongo un amplio "farniente" sólo interrumpido por la inspección detenida de todas las novedades que en la semana hayan ocurrido en mi jardín. Los peces del Japón en el lago, ¿habrán resentido las primeras heladas? . . . La rosa "candidísima" recién transplantada

¿medrará en la pérgola al pie del busto de Julián de Médici? . . . Y aquellos rincones donde cae la hojarasca del otoño y que amo visitar al crepúsculo ¿tendrán como siempre una honda poesía romántica de abandono y de olvido como para evocar la suave memoria de Clara l'Ellebeuse . . . ?

Nada más haré este domingo . . . ¡Ojalá y ningún hábito de pasión humana venga a turbar mi recogimiento místico, ojalá y ninguna infamia de la vida, ninguna degradante vulgaridad traspase los muros de mi jardín y venga a recordarme que soy un hombre, un mísero ciudadano de la patria que asesinan y despedazan carrancistas y zapatistas . . . !

A la "insolencia" de los ejércitos campesinos que hostilizan los deliquios en los jardines, la oligarquía responde con rabia, desconcierto y pavor, y su catastrofismo se expresa como *reacción humanista*. Zapata será el "Atila del Sur", lo distintivo de la revolución será el "primitivismo" de sus dirigentes. En su mayoría, los intelectuales consagrados o casi salen del país, decoran su "exilio interior" con dicitos y profecías o, en 1913, se inclinan ante el golpe de Estado contra Madero. Así por ejemplo, Victoriano Huerta tiene como sucesivos ministros de Relaciones Exteriores al erudito Francisco León de la Barra, al novelista Federico Gamboa, al jurista Querido Moheno, y al novelista José López Portillo y Rojas. El poeta Enrique González Martínez es subsecretario de Instrucción Pública, los poetas Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina escriben incansablemente en *El Imparcial* defensas de la dictadura y el intelectual católico Nemesio García Naranjo y el pintor Joaquín Clausell son miembros del Gabinete huertista. Mejor un usurpador que las hordas. Quien identifica "barbarie" con "revolución" se

angustia ante el juicio del "concierto de las naciones" al derrumbarse la paz porfiriana y, típicamente, confunde el fin de su tiempo con el fin de los tiempos.

Para el *Establishment* de la época, lo más amedrentador es la presencia de las masas, de "la ola de sangre y fango". En sus memorias (*El río de mi sangre*), el intelectual Genaro Fernández Mac Gregor, quien sería rector de la UNAM, describe la llegada de los revolucionarios a la capital, luego de la huida de Huerta:

Las tropas carrancistas entraron a la ciudad a mediados de agosto. La curiosidad lanzó a la calle al populacho. Los individuos de la clase media nos quedamos en nuestros domicilios. Yo me engolfé con mi amigo Honorato Bolaños en la lectura de *Fedra*, la tragedia griega de D'Annunzio, recitándola en voz alta. Aquella vibración de arte me servía para aminorar la zozobra del presente. El verbo d'annunziano encendía nuestras imaginaciones y elevaba nuestro entusiasmo. De pronto, en la calle, ruido de caballerías. Suspendimos la lectura y nos asomamos a la ventana. Entraban a México, provenientes de la Villa de Guadalupe, los dragones de Lucio Blanco: hombres de clase proletaria, campesinos atezados, vestidos abigarradamente los unos, y los otros casi sin vestir, pero eso sí cruzados los pechos y las cinturas por triples cananas. La caballerada era de todos los pelajes y alzadas. Los jinetes revolucionarios llevaban el fusil con la culata apoyada en el muslo derecho, y con la mano en el gatillo. No se dignaban mirar hacia las casas. Como iban en dos filas, su marcha frente a mi casa duró más de una hora. Los contemplamos en silencio, rumiando pensamientos amargos. Nuestros

sueños de un México culto habían sido vanos. Eso que desfilaba ante nuestros ojos era México, el verdadero en toda su terrible realidad . . .

Entonces como ahora, el horror al México Bronco anima las pesadillas de una oligarquía temerosa de las acciones y la persistencia física de los seres de "aspecto torvo", rebosantes de venganza, desprovistos de cualquier *sensibilidad*. En el porfiriato, el tema de la revuelta popular disgusta y altera a la Gente Decente, que exhuma la expresión consagrada *la bola* ("en una palabra, escribe Emilio Rabasa en 1888, la revolución es hija del progreso del mundo, y ley ineludible de la humanidad; *la bola* es hija de la ignorancia y castigo inevitable de los pueblos atrasados"). Al precisarse *la bola* en imágenes exterminadoras, al transformarse los episodios locales en fenómenos históricos, los intelectuales se proponen domesticar el término, limpiándolo de visiones paroxísticas: temas de ciudades, disputas por el botín, residencias en ruinas, batallas, irrupción (breve pero intensa) de un panorama odioso, donde indios yaquis disparan al aire o, apoyados los hombres contra las paredes de Palacio Nacional, se masturban obscenamente (G. Fernández Mac Gregor). Se obedece a una de las tradiciones predilectas de la élite: la homogeneización de la apariencia. Tan sólo unos años antes, en las Fiestas del Centenario, *El Imparcial* propone que se niegue el acceso al centro de la ciudad a "calzonudos, rotos o descosidos", por lo menos durante septiembre de 1910, y el gobernador de la ciudad, don Guillermo de Landa y Escandón, ordena desterrar a "vagos y mendigos".

De modo explícito en artículos y libros, de modo implícito en poemas y relatos, se rechaza a la gleba: éste no es su lugar, campesinos, a ustedes en el mejor de los casos les corresponde

afianzar el paisaje rural y venerar la tradición. Hay que repetirlo: México es un país *civilizable* y eso quiere decir *visualmente armónico*. Que sea un paréntesis fugaz la sublevación de los calzonudos.

El repudio íntimo y público de lo popular es, como se le quiera ver, un problema fundamental de los intelectuales. Formados en un medio donde el clasismo es parte sustantiva de la naturaleza social, los escritores y los artistas suelen ver en el pueblo el eterno menor de edad. (No otra será la posición de los realistas socialistas que amonestan y enseñan al Pueblo idolatrado, eterno aprendiz, ignorante de sus propias condiciones de vida). Y si los conservadores rechazan por principio a la "grey astrosa" (López Velarde), los liberales la defienden en abstracto pero rechazan sus manifestaciones específicas y así por ejemplo, Orozco y Mariano Azuela condenan la servidumbre psicológica de las masas cuya liberación efectiva describen y ensalzan, desprecian al vulgo al que otorgan fisonomía épica, y le niegan calidades heroicas al movimiento a cuya consolidación histórica tanto ayudan.

A Orozco la revolución le resulta "el más alegre y divertido de los carnavales", y según Azuela en sus novelas *Andrés Pérez maderista*, *Las moscas*, *Domitilo quiere ser diputado* y *Las Tribulaciones de una familia decente*, la revolución es púnicamente farsa, la comedia de equivocaciones donde los bribones medran y los idealistas parecen martirizados. En *Andrés Pérez*, quizás el primer relato sobre la revolución, el protagonista sale de México de vacaciones y es confundido con un agente de Francisco I. Madero. Todo es grotesco y risible, menos el fin trágico de los verdaderos sostenedores de la revolución. Todos son venales menos los mártires.

Al mensaje ideológico lo desmiente la construcción literaria, y de tal pugna de intereses se desprende la perdurabilidad de la obra de Azuela.

En la implacable dialéctica de *Los de abajo* (1915) y *Los caciques* (1917) la barbarie de los revolucionarios es consecuencia pedagógica de la vida en las haciendas. No serán *eternamente esclavos* quienes combaten y se explican su vida a la luz de su muerte inminente.

La hora de la serenidad

Oigo la multitud que canta y llora sin que turbe mi paz. Y la oportuna campana de los tiempos, da la hora de la serenidad bajo la luna.

Enrique González Martínez
(agosto de 1915)

En la década 1910-1920, la revolución es, en los círculos urbanos, oprobio, huida, temores compartidos, la piedra que deshace la fiesta. Es también la oportunidad de quebrantar la férula moralista y el espionaje parroquial. Orozco describe la capital en 1913: "Para arbitrarse recursos, don Victoriano (Huerta) estableció garitos por toda la ciudad de México. Había más casas de juego que cantinas y pulquerías, una o dos en cada cuadra. Las había lujosas, para desplumar a los burgueses y otras que podríamos llamar proletarias, en donde dejaban la raya obreros y campesinos en albuces hasta de cinco centavos . . . Por la noche, la ciudad era algo fantástico. Los numerosísimos centros de juerga estaban atestados de oficiales del ejército huertista y de mujeres ligeras. Había capitanes de dieciocho años y coroneles de veinticinco".

En esa capital liberada a ratos por el "libertinaje", se asume como se puede el desorden provisional del mando y el cambio (no tan provisional) de actitudes mentales. El paisaje es variadísimo: agitación incensante, migraciones obligadas que recomponen la provincia y se desbordan hasta Estados Unidos, interrupción de libros y

revistas extranjeros, casi inexistencia de publicaciones y editoriales, dificultad o imposibilidad de imprimir libros, transformación del periódico en el único medio cultural. Los sacudimientos revolucionarios precipitan la inconformidad. Estalla la rebelión contra la inercia imitativa en pintura (huelga en la Academia de San Carlos en 1911; creación de la Escuela al Aire Libre de Santa Anita en 1913). En un afán de corresponder al momento, los miembros del Ateneo de la Juventud fundan la Universidad Popular. Se cierran teatros y el cine mudo cobra una popularidad que algo debe a los gritos impunes durante los noticieros y mucho a un deslumbramiento ante su calidad de museo de gestos y actitudes que es invocación contra lo que acontece fuera de los salones.

A lo largo de la década, el impacto de la revolución en los círculos ilustrados se ajusta y mediatiza gracias a una doble estrategia: declararla cabalgata apocalíptica y/o impugnarle cualquier peso o existencia culturales. De tan implacable estrategia no se libra el grupo del Ateneo de la Juventud. José Vasconcelos, en *Ulises Criollo*, da su versión de los hechos:

El grupo del Ateneo se mantenía ajeno a la política, pero su mayor parte simpatizaba con el maderismo. Caso, en privado, nos hacía la defensa de Porfirio Díaz, lo juzgaba el mal menor de un pueblo inculto sin esperanza. Pero ideológicamente, Caso seguía siendo jefe de una rebelión más importante que la iniciada por el maderismo. En las manos de Caso seguía la piqueta demoledora del positivismo. La doctrina de la selección natural aplicada a la sociedad, comenzó a ser discutida y dejó de ser dogma. La cultura y el talento de Caso aplicados a la enseñanza evitaban, asimismo, el retorno del

liberalismo vacío, de los jacobinos. Sin fundar clubes, la obra de Caso era más trascendental que la de no importa cuál política militante.

Ni Caso defendía tan en privado a Díaz (en 1910, el filósofo de la libertad metafísica es el presidente de las Juventudes Reeleccionistas, que apoyaban a Porfirio Díaz y Ramón Corral), ni es fundamentalmente por Caso que el darwinismo social deja de ser dogma (atribúyanse más bien los cambios al impulso revolucionario) ni nadie evitó el retorno de los jacobinos, de la Constitución de 1917 a la lucha por el control de la enseñanza de 1920 a 1940. Pero los ateneístas suelen atribuirse los mayores logros, por incapacidad de reconocer méritos en aquellos que carecen de valor intelectual.

El humanismo como solipsismo. El 25 de junio de 1911, en el banquete en honor del ateneísta y maderista José Vasconcelos, éste formula un programa político: "Cuando se fomenta entre nosotros la clase de los intelectuales y el poder público se acostumbre a respetarlo en los asuntos que le incumben, tendremos una verdadera cultura y conjuraremos el peligro que cada cambio de ministerio renueva; la audacia del especialista, la ignorancia del abogado o del médico que deducen del triunfo político, derechos sobre la enciclopedia universal de los conocimientos". Vasconcelos solicita, sin demasiados trámites, el poder cultural para ellos, los jóvenes, pero entrevera tan elocuente praxis con una descripción idílica de los tiempos:

Hasta esta cumbre sobre la montaña donde el pensamiento medita a través de las edades, llega el estrépito de la revolución triunfante. Aquí acogeremos la tempestad con la firmeza con que los árboles del bosque se entregan al vendaval, soltando al soplo

sus ramas y cantando la elevación y la grandeza. Y así como los árboles transforman la fuerza de los vientos en canción exaltadora, el espíritu tonaliza los rumores colectivos, rima las notas y da voz a la canción de la era nueva.

¿Cuánto falta para un uso libre del lenguaje, para nombrar a la revolución con palabras que tengan que ver con ella, que la recuperen? El neoclásico Vasconcelos aprenderá a vertir con claridad pasiones y rencores en sus discursos políticos y en la furia de sus libros autobiográficos, y Julio Torri la refinará satíricamente en su texto magistral "De fusilamientos" (escrito en 1915 y publicado en 1940):

El público a esta clase de diversiones es siempre numeroso; lo constituyen gentes de humilde extracción, de tosca sensibilidad y de pésimo gusto en artes. Nada tan odioso como hallarse delante de tales mirones. En balde asumiréis una actitud sobria, un ademán noble y sin artificio. Nadie los estimará. Insensiblemente os veréis compelidos a las burdas frases de los embaucadores... Si el Estado quiere evitar eficazmente las erosiones de los condenados a la última pena, que no redoble las guardias ni eleve los muros de las prisiones. Que purifique solamente de pormenores enfadosos y de aparato ridículo un acto que a los ojos de algunos conserva todavía cierta importancia.

La canción de la Nueva Era

En esos años es intenso el descrédito de "los intelectuales", los hombres de letras y de ciencia, a quienes se identifica (a pesar de las valientes excepciones) con el régimen porfirista. ¿Cómo

hubiesen podido evitarlo? La falta de oportunidades ha reducido la imagen del intelectual (el jurista, el médico, el escritor) a la condición de apéndice decorativo de la Administración. La élite juvenil ha criticado, para singularizarse, la rigidez del positivismo. Para algunos de ellos la política es el mal. Para otros es el impulso lírico, la grandilocuencia cuyo centro es la palabra "Espíritu". Y el proceso no se interrumpe con la revolución. Los jóvenes intelectuales combaten la confusión abanderándose con el pasado. Así, el escritor Octavio G. Barreda recuerda sus días de la Escuela Nacional Preparatoria. Es 1914 y "el panorama intelectual y cultural era desastroso. Lógico y natural era que el movimiento armado y la agitación consiguiente en que había caído el país desde dos o tres años antes, trajera en los planteles educativos un desorden y una desorientación bastante graves. Ligados como estaban con el régimen, la mayoría de nuestros maestros habían huido o se hallaban amedrentados por temores o represalias, justas o injustas, del nuevo gobierno. No existían espectáculos o manifestaciones artísticas de valía y en cuestión de publicaciones podría decirse que éstas eran casi nulas o de una calidad insufrible. La última revista de altura —*Nosotros*— había desaparecido, y en el horizonte no se perfilaba nada alentador". (En *Las revistas literarias de México*, INBA, 1963).

Del esfuerzo de Barreda, Carlos Chávez, Carlos Pellicer, Luis Enrique Erro y Guillermo Dávila nace *Gladios* (1916) que, desde el nombre quiere separar a la literatura del estruendo bélico. Seguir como *si nada* es ubicar la literatura más allá de las contaminaciones, volverla maravillosamente atemporal, en obediencia a los valores inmutables. Eso explica los versos de tema helénico y aspiración clásica y eso condiciona el montaje escénico de la serenidad en medio de la conflagración. Hay

que condenar, por inferencia, a la agitación circundante, y resistir el cerco histórico, ganando tiempo para las meditaciones y los sortilegios de la madurez espiritual. En un artículo (febrero de 1916) afirma Luis Enrique Erro: "Los países jóvenes... miran muy poco o casi nada a lo que tienen dentro de sí mismos; en la carrera que entablan para alcanzar a los que por ley natural les preceden, olvidan casi por completo su personalidad; sus poetas, pintores, monumentos y riquezas les parecen indignos, pobres, atrasados. Pero vienen, por ley natural también, las revoluciones, y detenidos en su arrebatada carrera los pueblos jóvenes, por sus luchas interiores, miran dentro de sí mismos, sienten el poder de su propio impulso y comienzan a tener noción clara de su ser... Es el momento en que surgen los poetas y los pensadores y salen a la luz de las inteligencias los tesoros escondidos e ignorados... Nosotros queremos aprovechar este momento en que la suerte nos coloca para desenterrar todo aquello que encontramos sepulto o vivo..."

La apreciación es elocuente y coincide con la observación atónita de Manuel Gómez Morín en 1915: "¡Existían México y los mexicanos!..." Un país obligado por las circunstancias a ser "joven" y a la zaga del arte que de veras lo es, apreciará sus logros por escasos que le parezcan, y aprovechará el impulso para allegarse un pasado estimulante (sin nada que ver con la gleba). Por eso es preferible depositar la sorpresa moral en los sucesos europeos, en la Gran Guerra. La barbarie de México se da por sentada; la de Europa estremece. Evoca Fernández Mac Gregor en *El río de mi sangre*, su reacción al leer la declaración de guerra de Alemania a Rusia:

Si un rayo hubiera caído a mis pies no me hubiera causado mayor estupor. ¡La guerra en Europa! La cuna de la civilización de

nuevo arrasada por las invasiones! ¡Las grandes potencias destruyéndose entre sí, agostando el sueño de paz que había nacido en La Haya! ¿Qué fe podría sostener ahora a la humanidad? ¿Cuál redentor, salvador?

La fe en que la civilización está siempre fuera, explica por ejemplo por qué en la revista semanal *Pegaso* se leen noticias sobre la revolución soviética y nada sobre acontecimientos nacionales. (Lo que en México ocurre pertenece a la esencia bárbara). Esta tendencia coexiste con otra, que desea eliminar de raíz cualquier influencia del presente. Escribe el filósofo Antonio Caso en el primer número de *Gladios*:

Vuelve, pues a ti, hijo mío; la mejor delectación de tu espíritu es tu propio espíritu. Tu jardín interior tiene bellas flores que podrás cortar para tu recreo, y ya miro que aroman los frutos de tu huerto: flores y frutos que te llenarán de paz y dulce hartura. Vuelve a ti, sé tu mejor tesoro. El mundo es la gran ilusión concomitante a tu realidad espiritual; es uno de los aspectos de tu espíritu...

El mundo exterior es "borrado" por un lenguaje pomposo que hace las veces de noble introspección. Si no hay mayor registro de las conmociones cercanas es porque no puede haberlo. Sólo esto explica que el escritor y editor Agustín Loera y Chávez describa del siguiente modo a la Generación de 1915, en el centro de la vida política y militar, científica y artística: "El soplo animador de tal adolescencia inspira, con cálidas ráfagas, el nuevo palpitar de todo un pueblo y antójase a la vez el divino juego que al margen de las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia hacían los eternos moldes de nuestra cultura..." No es únicamente automatismo retórico. Para muchos, escribir es

exorcizar las destrucciones de las hordas. En 1915 ó 1916, es inconcebible un miembro de la élite con perspectivas radicales, y personajes como los hermanos Flores Magón y el joven doctor Mariano Azuela son posibles por hacer suya, en cualquier nivel, la marginalidad social.

A partir de la derrota de Zapata, Villa y los convencionalistas se modula el temor ante la revolución y, paulatinamente, en medio de grandes concesiones verbales, se recupera la fe en la evolución. El proyecto de las facciones triunfantes se expresa en la Constitución de 1917, que reconoce los derechos de campesinos y obreros (vuelco legal, político, económico y cultural), le ratifica al Estado su derecho al manejo de la educación y propone una sociedad fundada en el arbitraje estatal de las desigualdades. En lo cultural, la breve desvinculación de Europa y las resonancias internas y externas de la revolución originan un interés por el país que se consolidará en una nueva tradición. Se reanuda —declarando el aislamiento sufrido— el orden "de las artes y las letras". Restablecer la confianza no significa negar el cambio; tan sólo, comunicar la noticia esencial: el cambio no altera la estructura social.

Ya se ha pedecido la violencia de los campesinos; ya se sabe la ferocidad del rencor social. Para conjurar este fantasma y esta realidad apocalípticas, la minoría ilustrada opone su idea de tradición, sus admiraciones piramidadas y su temperamento al que (sólo idealmente) norman los clásicos. Casi todos aceptan al nuevo estado como árbitro, regidor del comportamiento legal y laboral, y ven en la Revolución (el hecho de armas, los fusilamientos de los hacendados, el miedo de los capitalinos al zapatismo) a una irrupción legendaria. De los escritores, ninguno es tan agudo y tan nítido en el vislumbramiento de lo nuevo como Ramón López Velarde:

Mejor será no regresar al pueblo,
al edén subvertido que se calla
en la mutilación de la metralla.

Hasta los fresnos mancos,
los dignatarios de cúpula oronda,
han de rodar las quejas de la torre
acribillada en los vientos de fronda.

Y la fusilería grabó en la cal
de todas las paredes
de la aldea espectral,
negros y aciagos mapas,
porque en ellos leyese el hijo pródigo
al volver a su umbral
en un anochecer de maleficio,
a la luz del petróleo de una mecha
su esperanza deshecha.

De "El retorno maléfico"

Además de su inmenso valor poético, la obra de López Velarde posee un valor testimonial. El es el primero en advertir lo irrecuperable del pasado, y en proponer la estetización de las tradiciones y la vida cotidiana del porfiriato. Desde perspectivas distintas (la de López Velarde la más desinteresada), será la Edad de Oro, el momento en que la *Mexicanidad* (hidalguía, femineidad sumisa, valores católicos, criollismo de las costumbres, conversión de cada pueblo en una corte) alcanzó su esplendor. El paso siguiente será la presentación de los hechos revolucionarios como fundación estética de la nacionalidad.

Los caudillos vivos fundan y encarnan las instituciones; los caudillos muertos fundan y encarnan las mitologías. Si se insiste en que la Revolución *redescubre o revela al país* (ver 1915 de Manuel Gómez Morín) es por darle trascendencia cultural a lo que ha sido, visualmente, la explosión desolada. Al movimiento armado y al concepto de revolución se les asimila y convierte en

"utopía-fuera-del-tiempo" evaporándose sus contenidos "desagradables". Se combinan aspavientos y homenajes: el populacho es deleznable/el pueblo es noble; la dictadura fue abyecta/la propiedad es sagrada; el rencor de los peones es explicable/nada justifica la violencia, ni siquiera la experiencia del despojo y la esclavitud agraria.

¿Cómo aceptar sin mediaciones, la virulenta transformación de México? La contigüidad forzada por unos meses con esas masas levantiscas y sus dirigentes le impide a casi todos los escritores la reflexión o la elaboración inmediatas. Sorprendidos o sobrecargados, intelectuales y artistas prefieren, en los primeros años, darle una forma estética a las experiencias nuevas. Escriben *como antes* y desdeñan la influencia de los hechos de armas sobre la literatura. *Declamamos ayer...* Manuel Gómez Morín convierte a 1915 en el año clave de su generación: vencidos los ejércitos campesinos, hay que defender el proceso interrumpido, garantizar la continuidad de este "proceso decente". A eso se abocan la editorial *Cultura* y las revistas *Nosotros*, *Gladios*, *La Nave* (1916, dirigida por Pablo Martínez del Río), *Vida Moderna* (1915, dirigida por Carlos González Peña), *Pegaso* (1917, dirigida por Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde), *San Ev-Vank* (1918, dirigida por Luis Enrique Erro), *Revista Nueva* (1919, dirigida por José Gorostiza y Enrique González Rojo), e incluso *La Falange* (1922-1923, dirigida por Jaime Torres Bodet y Bernardo Ortiz de Montellano). Sin segundas intenciones, se reivindica la vida del Espíritu. Urge reconstruir la vida ilustrada, prolongar las lecciones del modernismo, reconciliarse con el mundo, volver a leer y a traducir a los escritores y pensadores de las metrópolis.

Espíritu, la palabra clave. Antonio Caso aliena en la Universidad de México el espiritualismo (Beutroux, Bergson), y son poetas quienes le

allegan al lector *serenidad y espiritualidad*: González Martínez, Amado Nervo. De la espiritualidad se transita a una mística educativa tan esperada que sólo una persona en verdad reacciona negativamente. Afirma Cuesta en 1936: "Siempre sorprenderá que el movimiento revolucionario que se desarrolló en la política mexicana de 1910 a 1924 se haya visto acompañado de una mística en el plano del pensamiento, y aún sorprenderá más que esta mística haya dado a la Revolución su programa educativo". Y quien se hace acompañar de esta mística, no es "la irrupción de los bárbaros" ni un despiadado antecedente de los bolcheviques, sino un estado que aprovecha los resultados de la violencia campesina y las necesidades de crecimiento capitalista.

El más diestro informante del cambio es López Velarde en su célebre texto "Novedad de la patria" (de 1921, recogido en *El Minutero*). López Velarde niega al país del porfiriato y no acepta al país apresurado por Villa y Zapata. "Hay que concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa". El no quiere despojarla de su ropaje moral y costumbrista, la ama típica y está cierto de que si se salió de ella fue "por inconsciencia, en viajes periféricos sin otro sentido, casi, que el del dinero. A la nacionalidad volvemos por amor... y pobreza". López Velarde es tajante ante las pretensiones de la élite, y su gloria fincada en un progreso selectivo. Según él, la patria externa y falsa equivalió a una "suspensión" de la nacionalidad, y por eso la patria es nueva y se ha revelado "no histórica ni política, sino íntima". El rechazo del estado y de la Constitución de 1917, el llamado a sustraer a México de una nueva pompa que fortalezca la ilusión de la vida pública de las masas es, con su belleza lírica, el equivalente del lema ideado por Vasconcelos para la Universidad: "Por mi raza hablará el espíritu".

